

¡Honor, pues, y reconocimiento á la cruz! Ella es la que ha sostenido al mártir en sus tormentos, al anacoreta en las austeridades de la penitencia, al doctor en sus trabajos y meditaciones, á la vírgen en sus combates y al hombre piadoso en la práctica de todas las virtudes: ella es la que inspira al pobre la paciencia, al desgraciado la resignacion; la que consuela al enfermo en su lecho de dolor; la que hace brillar á los ojos del moribundo los rayos celestiales de la esperanza. El pecador la invoca en sus angustias, y en ella es por último, donde el culpable, cuya cabeza va á caer bajo la cuchilla de la ley, va á descansar sus miradas, fatigado de los hombres é inquieto de la eternidad.

De esta manera es como la piedad de los cristianos ha plantado por todas partes, como un símbolo tutelar, el árbol redentor de la humanidad. Él corona los altares y la cima de los templos; santifica el recinto de los pretorios y adorna la diadema de los reyes: él se eleva sobre las plazas públicas y á lo largo de los caminos; él aparece en la profundidad de los desiertos, y en lo mas espeso de los bosques; él se destaca sobre las montañas escarpadas y á la vista de los abismos inmensos del océano; él predomina, en fin, sobre el campo de los muertos como la esperanza de la misericordia y de la resurreccion. Si alguna tempestad os arroja náufrago y desnudo sobre una tierra desconocida y vuestros ojos perciben á lo lejos la cruz de Jesucristo, consolaos, porque habeis tocado en una ribera hospitalaria; vuestros hermanos se apresurarán á daros socorros: pero si en ninguna parte del horizonte entreveis el signo de la salvacion, temed encontrar enemigos mas temibles que las olas enfurecidas del océano; habréis arribado á una playa salvaje, y allí tal vez los hombres serán peores para vos que los tigres y los leones.

Un día, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, una insensata filosofía hizo desaparecer la cruz, emblema de la santa independenciam de las almas, y la sustituyó con la encina simbólica de la independenciam del salvaje

que disputa su fruto á los animales de las selvas: pero este día habia sido marcado con un nombre satánico, con un nombre tal, que ningun día de la tierra lo habia todavía llevado; se llamaba *El Terror*.

Es, pues, indudable que la causa de la cruz es la de la verdadera libertad, de la civilizacion, de la humanidad entera; es la causa de las almas nobles y de los sentimientos generosos. Cualquiera que ame la virtud, cualquiera que se apasione por el sacrificio y la caridad, debe sentirse, tarde ó temprano, atraído á la bandera de Aquel que con un amor infinito se sacrificó por todos los hombres, y aceptó una muerte infame para librarlos de la corrupcion y de los males terribles que ella engendra.

RESUMEN.

Los dos reinos.

Hemos reconocido ya la existencia de dos reinos sobre la tierra: el reino de la cruz, y el reino de Satanás. Examinados en su origen, en su desarrollo y en sus resultados, estos reinos ofrecen constantemente caracteres diametralmente opuestos. El reino de la cruz ha sido fundado sobre el derecho y sobre el orden, es decir, sobre la palabra de Dios y sobre la obediencia á esta palabra; el de Satanás procede de la injusticia y del desorden; es decir, de un orgullo insensato y de la rebelion contra la autoridad legítima del Criador. Que se guarde el hombre de tocar al fruto de la ciencia del bien y del mal, porque morirá: he aquí el precepto divino.—Que el

hombre coma de este fruto y llegará á ser como un dios: he ahí el consejo satánico. *Independencia absoluta, deificacion de la razon humana*, escribió Satanás en su estandarte:—*Vasallaje de la razon humana en el orden moral, soberanía en todo lo demas*; tal fué la divisa de la cruz.

Bajo el imperio de la una ó de la otra de estas dos ideas, es como la humanidad ha seguido su marcha á traves de los siglos.

El reino de Satanás se ha desarrollado sin obstáculos; apoyado por las pasiones humanas y secundado por todos los esfuerzos del poder y de la inteligencia; el reino de la cruz se ha inaugurado en medio de las mas crueles persecuciones y ha sido anunciado por los pobres y los ignorantes. El primero ha tomado por bases de su constitucion la ciencia, el placer y el egoismo; el segundo la fé, el sufrimiento y la abnegacion. Prometiéndole á los hombres la independencia moral, Satanás los ha conducido á una triple y degradante servidumbre; la de las pasiones, la del error y la de la fuerza material. La libertad entregada á sí misma, sin freno y sin guías, no ha engendrado, en el dominio de los sentidos, sino la depravacion, la decadencia y la ruina; en el de la inteligencia, la disolucion, la division y la corrupcion, ó la filosofía, la herejía y la idolatría; en el de la voluntad, la anarquía y el despotismo. Ella ha matado la igualdad, la fraternidad, y con el mismo golpe se ha aniquilado á sí misma. Seguid las huellas de esta libertad satánica, y encontraréis por todas partes ruinas, confusion y sangre: ruina de los Estados, confusion de sistemas y sangre de revoluciones.

Jesucristo no ha abusado así de la humanidad: Él le ha revelado su origen, le ha hecho patente su debilidad y le ha demostrado la necesidad que tenia del auxilio divino. Pero Él ha sostenido esta debilidad y ha provisto esta necesidad. Su mano poderosa y benéfica se ha extendido sobre nosotros para guiar nuestros pasos; para alumbrar nuestros ojos y para revivir nuestras fuerzas. Apartándonos de las pendientes

peligrosas, de las ilusiones de la falsa creencia, de las vacilaciones de la voluntad, ha creado en nosotros una libertad santa, madre de la equidad, de la concordia y de la caridad, que procurando siempre el bien nos hace dignos de ser admitidos en el rango de los hijos de Dios. Purificacion de los corazones, certidumbre en las doctrinas, sumision libre de las voluntades; ¡tal es la obra de Jesucristo!

Así es como el reino de Satanás no ha sido mas que un progreso incesante hácia la decadencia moral, en tanto que el reino de Jesucristo ha sido un progreso permanente hácia la perfeccion que constituye la verdadera felicidad. Dirigiendo éste al hombre, segun su propia naturaleza, le ha conducido á la santidad; lisonjeando aquel su orgullo y sus malas pasiones, le ha arrojado en el abismo de la abyeccion. Salido del infierno, sin raices en el pasado, sin fundamento en el presente y sin apoyo en el porvenir, el reino de Satanás no será nunca mas que una vasta ruina; descendido del cielo, enraizado en los patriarcas, en los profetas y los justos de la antigua ley; fundado en Jesucristo, apoyado sobre su Iglesia, el reino del Salvador es un magnífico edificio que no teme el furor de las olas ni el desencadenamiento de las tempestades.

En una palabra: *Escepticismo, corrupcion, anarquía, negacion*, he ahí los caracteres del reino de Satanás:—*Fé, santidad, unidad, vida eterna*, he aquí los caracteres del reino de Jesucristo.

¿A quién escogeremos, pues, por Señor? ¿A quién perteneceremos definitivamente? ¿Creeremos en Dios, que nos asegura que sin su asistencia no llegaremos nunca á fundar la sociedad moral; ó bien seguiremos los consejos del ángel de las tinieblas, cuya audacia impía nos asegura que Dios ha querido abusar de nosotros? Seis mil años de tristes experiencias han debido instruirnos suficientemente, y lo que pasa hoy á nuestros ojos debería acabar de desengañarnos. Hace tres siglos que el hombre ha comenzado de nuevo á desmontar, con mas ardor que nunca, el campo estéril y ve-

dado de la ciencia del bien y del mal: ¿y qué resultado ha obtenido? Una mezcla confusa de opiniones donde ya nada se reconoce cierto; un caos de doctrinas que espanta á los mas intrépidos.

En la víspera de las grandes crisis sociales, Dios concede casi siempre á los pueblos por algun signo evidente, una última advertencia. Esta advertencia nos la ha dado en su inescrutable misericordia, solícita siempre por salvarnos. Un hombre que por su eminente genio y por el augusto carácter de que está revestido, se ha elevado bastante alto para que pueda atraer sobre sí todas las miradas, resume en su persona los efectos diversos de los dos reinos que acabamos de comparar, y ministra el exámen y la apreciacion fácil para todas las inteligencias aun las mas limitadas. En otro tiempo hijo dócil de la Iglesia, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* seguia su carrera como un astro glorioso que ilumina y fecunda; hoy, discípulo de la razon pura, no es mas que uno de esos globos errantes cuyo siniestro fulgor difunde por donde quiera el espanto: siguiendo un curso rápido él va, sin duda, á precipitarse en el espacio tenebroso y sin límites que, antes que otro, él mismo habia designado y de donde no se vuelve ya! *Impius, eum in profundum venerit, contemnit.* Y como si esta advertencia no fuese todavía suficiente, Dios ha permitido, no há mucho, con grande admiracion del mundo, que una voz, cuyos acentos bajo la inspiracion de la fé parecian mezclarse á los conciertos de los ángeles, no elevase ya su vuelo al soplo de la razon sino para cantar los altos hechos de los salvajes de la libertad.

De cualquier modo que se le considere, el siglo presente ofrece un espectáculo digno de interesar en el mas alto grado á un observador reflexivo. La tierra está como suspensa y en silencio; óbrase en ella no sé qué trabajo, que parece preparar un nuevo porvenir: se oye como el ruido sordo de una multitud de martillos y no se sabe si demuelen ó reconstruyen. ¿Qué sucederá al fin? ¿Hacia que lado iremos á incli-

narnos? ¿Caeremos de nuevo en las envolturas del viejo mundo? Niños decrepitos ¿deberemos morir en nuestra cuna, ó bien adolescentes robustos romperemos con un esfuerzo vigoroso nuestras ligaduras para marchar libres del error y de las pasiones en los senderos del hombre nuevo? ¿Cuánto tiempo deberemos todavía vagar en el desierto antes de llegar á la tierra prometida? Este es el secreto de Dios. Elevemos hácia Él nuestras manos suplicantes, y segun el precepto de su Hijo repitamos esta deprecacion sublime: “¡Padre; venga hácia nos tu reino y que vuestra voluntad se cumpla en la tierra lo mismo que en los cielos!”

CONCLUSION.

El progreso moral.

En todos los elementos que la constituyen, la humanidad es susceptible de progreso. Por la industria engrandece su elemento material; por las artes su elemento sensible; por las ciencias su elemento intelectual, y por la moral su elemento activo. Para completar la perfeccion humana es necesario realizar el conjunto de esos diversos progresos: pero si se considera cada uno separadamente, es fácil reconocer que no tienen todos el mismo grado de importancia relativa. El progreso moral, en particular, se muestra de tal modo superior á los demas géneros de progreso, que podria suplirlos á todos sin que ninguno pudiese suplirlo á él.

En efecto, si una nacion está verdaderamente moralizada, por poco adelantada que esté respecto de las otras, ella esta-

rá infaliblemente llamada á los mas gloriosos destinos ; pero si sus costumbres están corrompidas, el esplendor de la industria, las maravillas de las artes y de las ciencias lejos de salvarla acelerarán su ruina. Ella no será mas que un sepulcro blanqueado, cuyo interior contiene la putrefaccion y la muerte. “¿De qué sirven, decian los antiguos, sin las costumbres unas leyes vanas? *Quid proficiunt vanæ leges, sine moribus?* Así, pues, el Evangelio nos exhorta á buscar antes que todo el reino de Dios y su justicia, asegurándonos que lo demas nos será dado por aumento.”

Y sin embargo, por un fenómeno digno de notarse, mientras que los demas progresos son del resorte del hombre y puede ejecutarlos por sí propio, el progreso moral escede á sus fuerzas, y es impotente sin una asistencia superior para realizarlo. Abandonado á sí mismo, él no adquirirá jamás con entera certidumbre el conocimiento del bien y del mal ; y en el caso de adquirirlo le faltaria siempre la autoridad y la sancion necesarias para imponerlo como una ley y para hacer que ésta se observase. “Apagad la lumbrera de Dios, ha dicho M. de Lamartine, y el hombre queda á oscuras : en medio de la noche de su ignorancia podrá tomar al acaso la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.”

¿El progreso moral reclama, pues, la intervencion divina? ¿Pero dónde ha intervenido Dios? ¿á quién ha hablado? ¿dónde ha dictado sus leyes? ¿En la conciencia? ¿Pero la conciencia, viciada como la razon por la falta de origen, no tiene para cada individuo un lenguaje diverso que no se sabria igualmente reconocer por el lenguaje de Dios? ¿La conciencia inspiraba á Bossuet lo mismo que á Voltaire, á Luis XVI lo mismo que á Marat?

Digamos tambien nosotros : *Apagad la antorcha de Jesucristo y el mundo moral queda envuelto en las densas sombras de una oscura noche, donde se podrá tomar al acaso la virtud por crimen y el crimen por virtud.* Si Dios no ha hablado por la boca de Jesucristo no ha hablado por ninguna otra boca ; y

la tierra abandonada del cielo debe resignarse á errar sin esperanza en medio de las tristes sombras del escepticismo.

¿Podria suceder, sin embargo, que Aquel que ha tenido tanto cuidado del hombre, que le ha tratado como una criatura privilegiada, colmándolo de sus mas bellos dones, le hubiese condenado á no aspirar jamas á la mas noble de las perfecciones, á la perfeccion moral? No ; este pensamiento seria un ultraje y una blasfemia contra la sabiduría y la bondad supremas. No es Dios el que ha faltado al hombre, es el hombre el que ha faltado á Dios. Dios nos ha hablado por medio de su Hijo ; nos ha revelado las santas leyes de la libertad, y nos ha concedido gratuitamente la fuerza necesaria para cumplirlas. Pero nosotros hemos querido mejor cerrar los ojos para no ver y para no reformarnos ; hemos preferido las tinieblas á la luz porque nuestras obras eran malas. ¿Esperaremos llegar de este modo á nuestros fines inmortales? ¿creeremos poder despreciar impunemente los beneficios divinos? Jesucristo solo, sepámoslo y aprovechémonos de ello, Jesucristo solo tiene las palabras de la vida ; solo Él tiene las promesas del tiempo y de la eternidad. No olvidemos ya, puesto que estamos advertidos, que su palabra no será vana ; y que no volverá á Él sin efecto : preciso es que vivifique ó que mate : *Verbum meum no revertetur ad me vacuum.* En el nombre de Dios, ha decretado en favor de la humanidad derechos que ella ha recibido con entusiasmo, y de los cuales no se desprenderá jamas ; pero estos derechos son tan elevados y tan estensos, que ellos suponen, y que Jesucristo efectivamente les ha dado por correlativos, grandes é imperiosos deberes. Aceptar el beneficio de los derechos que el Evangelio confiere rehusando la carga de los deberes que impone, es la muerte : admitir con igual reconocimiento estos derechos y estos deberes, es la vida, es la dicha y la salud del mundo. *Hic pontus est in ruinam et resurrectionem multorum.*

Locamente los pueblos y sus gefes han creído hasta ahora poder desafiar al Hijo de Dios y sustraerse á su imperio ; es

necesario que, de grado ó por fuerza, le reconozcan por su rey moral. Si ellos aceptan voluntariamente su yugo, vendrá á serles dulce y ligero; pero si le rechazan con orgullo, las terribles amenazas de los profetas se cumplirán. "Tú conducirás á las naciones con una vara de hierro; las romperás como un vaso de arcilla, y abatirás á los reyes en el día de tu cólera." Y para tomar así venganza de los que menosprecian sus leyes, no tendrá necesidad de escitar su infinito poder; le bastará únicamente dejar obrar su palabra. Lo pasado nos ha revelado sus terribles efectos y el porvenir parece ya preparar negras tempestades á los enemigos de Cristo. "Ahora comprendedlo é instruios, ¡oh reyes y gefes que juzgais la tierra!

Si alguna vez la Iglesia parece adormecida é inerte, no nos apresuremos á anunciar su muerte y á preparar sus funerales. ¡Cuán insensatos somos! pues que, ¿no percibimos que Dios por uno de sus altos juicios nos ha abandonado como nosotros lo hemos abandonado á Él, y que entregados á nuestros depravados sentidos, venimos á ser los artífices de nuestra propia ruina. . . .?

Sin embargo, cuando vueltos en sí de nuestras ilusiones, cansados de vagar por las sendas tenebrosas de la mentira, volvamos nuestras miradas hácia el cielo, para implorar su auxilio y su misericordia, la cruz se nos aparecerá allí como el astro milagroso que guió á los Magos á la morada del Rey futuro, y nos conducirá de nuevo á la vía recta y bienhechora de la justicia y de la virtud. A la cruz es á quien solamente se ha concedido el volver á levantar las voluntades caídas; y solo la cruz puede realizar el progreso moral en la tierra.

Pero este progreso moral no llegará á su último período sino en el momento solemne en que la ciudad de Dios, la sociedad moral, haya llegado á su mas alto punto de perfeccion. Cuando todas las naciones, atraídas al pié de la cruz desde los cuatro ángulos del mundo por una virtud divina, se ha-

llen reunidas en el mismo redil, bajo el cayado del mismo pastor, entonces solamente la anarquía de las voluntades desaparecerá, y la libertad volverá á ser la hija inmortal del cielo. En este dichoso término, la Redencion habrá llegado á su objeto supremo, y el voto inefable del Hijo de Dios se habrá cumplido: *nosotros seremos resumidos en la unidad.*

"PADRE, YO OS RUEGO QUE TODOS JUNTOS NO SEAN MAS QUE UNO EN NOSOTROS, COMO VOS Y YO SOMOS EN UNO."¹

¹ Evangelio de San Juan, cap. 17.

FIN DE LA OBRA.